

Ya se escucha el crujir de los broqueles,
De la trompa el bélico sonido
Y el bufar de los férvidos corceles,
Y la grito de jóvenes bizarros
Y del sonante látigo el chasquido
Y el rodar de las ruedas de los carros.
Ya los caballos con su blanca espuma
Humedecen sus pechos espaciosos;
Al ruido de las armas se recrean,
Y el duro suelo escarban y golpean,
Y están inquietos por salvar los fosos.

Después de esta admirable manera de describir los aprestos militares de aquel ejército formidable que se prepara al asalto, sigue la no menos brillante descripción del festín, sin que el poeta decaiga en lo más mínimo, sin que en ningún detalle haya la menor impropiedad, y sin que omita hablar, aunque con gran tiento y cuidado, de las hermosas concubinas, de torneado cuello y albo seno, embriagadas ya, y de las que

A veces ruedan sin pudor los ojos,
Ojos que en fuego criminal se abrasan

que mueven las cabezas al compás del báquico coro, donde campea la frivolidad más grande y el escepticismo más refinado.

El entusiasmo sube de punto; el monarca, fascinado, quiere que la soberbia cena tenga más encantos, y con impía desvergüenza manda traer los ricos y sagrados vasos que cogieron sus antepasados al sorprender y derrotar

al pueblo escogido. La indignación del Altísimo estalla ante tamaña profanación, núblase el cielo, ruge la tempestad, brilla el relámpago, y el terror de los profanos convidados, no reconoce límites al ver que en el muro de la fastuosa sala aparecen escritos misteriosos caracteres que nadie comprende; el poeta, para expresar esta sensación, se vale de bellísimos términos, estableciendo una poética comparación;

Como el viajero en bárbaro desierto,
Cuando ya va á pisar una serpiente,
Al ver sus ojos como llama ardiente,
Grita, da un paso atrás y queda yerto,
El Rey así, con femenil quebranto,
Al mirar la estupenda maravilla,
Temblaba todo atónito de espanto
Y se daba rodilla con rodilla.

Daniel es sólo quien puede descifrar aquellas misteriosas palabras, que han turbado los ánimos y han conmovido á todos los circunstantes, y el profeta, que había salido intacto de la cueva de los leones; el profeta que, juntamente con sus hermanos, lloraba la penosa cautividad en las orillas del Éufrates, cuyas aguas, murmuran al chocar con las hojas de los sauces que las besan, aparece allí frío, tranquilo, impávido, y predice al atónito monarca que aquella misma noche ocurrirá la destrucción de su reino. No es posible dudar; las obscenas canciones, los gritos, el regocijo y las alegres carcajadas cesaron por completo, dejando el campo al estruendo de las armas, á los ayes de

dolor; se percibe claro el fragor del combate; las estatuas de los ídolos se derrumban, y el conquistador no respeta nada, huella la púrpura del magnate lo mismo que la sedosa gasa que cubre á la hermosura, y junta se ve correr la sangre de unos y otros, y no para la matanza hasta que rinde el cansancio; mas cuando tal sucede, Babilonia no existe, la *Gran prostituta* es un montón de ruinas. Todo esto lo dice Carpio de una manera tan admirable, que pone de manifiesto el poderoso genio de que se hallaba dotado, y que lo acredita como uno de los más grandes poetas que ha tenido Méjico en la época presente.

Ignoramos por qué, mas es lo cierto que al decir poeta, que al hablar de la poesía, el mayor número de los que escuchan no pueden figurarse sino cascadas de luz y gotas de rocío, flores que perfuman, y alientos que embriagan, y perlas que ruedan, ojos que incitan, céfiros que murmuran, amor que se miente, y otras mil ficciones que engendra la turbulenta imaginación; mas si á esto reducís á la más hermosa de las musas, es bien poco lo que deseáis; las flores se deshojan, las ilusiones decaen, el perfume se extingue; es menester, pues, dar á la poesía un carácter propio de cada tiempo, y á nuestro modo de ver, ha pasado ya la época en que se limitaba á cantar el voluptuoso baile de la bayadera, el aéreo vuelo de la peris, la sonrisa de los labios rojos, y hoy parece tener por campo los dilatados

horizontes de la historia y el vastísimo espacio de la observación; en el tiempo que alcanzamos es menester que la poesía sea el revulsivo que nos inste á obrar, y no el narcótico que nos suma en pesado sopor. Carpio ha sabido realizar esto de una admirable manera; observador profundo, hombre estudioso, se ha formado primero en la vida, ha comprendido al mundo y ha sabido sacar partido de sus enseñanzas. Cada composición suya es un cuadro que se estereotipa en el alma del que lo contempla, que siempre le enseña algo, ora sea un acontecimiento histórico, ó bien le determine un carácter ó rinda culto á la verdad como fervoroso católico, ó como tal se extasíe en la meditación de los puntos á que toca esta consoladora religión en brazos de la que sufrimos las penas de la vida con la resignación del que, en medio de los mayores dolores, calla y espera la curación de sus llagas.

Si, por lo que acabamos de decir, alguno se sintiera inducido á creer que es Carpio el poeta llorón, el místico forzado, el hipócrita que va al negocio, nos arrepentiríamos de haberlo dicho; mas no, cualquiera de sus obras basta para probar lo contrario: Carpio es el poeta vigoroso que ha sabido hallar el justo medio, y su poesía no tiene ese sonrosado ligero y suave, signo mentiroso de salud bajo el cual late la tisis, pero tampoco la rubicundez que, en vez de acusar exuberancia de vida es señal de intensa fiebre que devora: Carpio es el

hombre que ha sabido permanecer tranquilo en medio de los convulsivos movimientos políticos de su patria; hombre de ciencia, ha sabido á qué atenerse cuando ha dominado la sotana que se ajusta con el cinturón del que pende el sable, y lo mismo que no le han seducido las declamaciones fastuosas de tanto político que cree tener méritos para hacer la felicidad de su patria, no lo han fascinado los casuales triunfos de tanto militar de pacotilla, cuya única habilidad consiste en dar pasto, pero pasto continuo, que devoren los cañones del bando enemigo.

Para afirmar que el poeta que estudiamos no estaba sugestionado á los antiguos y ya rancios principios que un tiempo pesaban sobre las alas del espíritu, basta sólo leer sus bellas composiciones; mas ellas también nos prueban que sabía á qué atenerse. Su poesía titulada *México* y la que tiene por epígrafe *México en 1847*, pueden servirnos para aprender cuánto bueno deseaba el poeta para la patria querida en que vió el día, cuánto deseaba para ella, y qué concepto tenía formado de los hombres y las cosas. Entonado y vigoroso, sabe cual ninguno contenerse en los límites de lo razonable y justo, y hay en sus deseos, firmes reproches para los que han contribuído á la ruina que llora. Si como más afortunadas naciones de América, México hubiera tenido un hombre leal y desinteresado, político hábil y patriota sincero, otra sería hoy su suerte y otro su por-

venir mañana; mas ha querido su desgracia que no sea así, y á una revolución ha seguido otra, de la que ni siquiera ha surgido un dictador que ponga coto á las difíciles situaciones que á su país han creado tanto desalmado como por sí y ante sí se ha erigido en general.

Casi tenemos orgullo en confesar que después de la vieja España, en que hemos nacido, no hay nación sobre la haz de la tierra á que queramos tanto como á la Nueva España, cuna de eminencias como la nación que más, patria donde nacen las mujeres hermosas y los hombres caballeros y los poetas lozanos; tierra desconocida aún, pero que se revelará más tarde tal vez, después de haber sufrido la invasión de los bárbaros del Norte, que incautamente parece se están atrayendo. Por esto mismo, por el grande cariño que nos inspira, lamentamos sus penas y lloramos cuando lloran sus hombres de corazón, de los que por fortuna conocemos á varios. La gratitud nos lleva á mencionar los nombres de Riva Palacio y de Híjar y Haro; el uno desde lejos, el otro en inolvidables veladas, nos han enseñado cuánto vale su patria, y mil veces oímos pronunciar con veneración á este último el respetable nombre de Carpio.

Cuando, no habiendo encontrado quien desde allá nos remitiera sus rimas, encontramos quien acá nos la dejara admirar, dimos gracias á Dios con mayor efusión, por cuanto vimos que había tenido ya quien le rindiera justísimo

tributo. En 1849, un poeta notable también, D. José Joaquín Pezado, apellido ilustre que con honra conservan de entre sus hijos los que viven en México, publicó un brillante estudio del poeta que estudiamos; pero se atenía mucho á la persona y á la lucha política que sostuvo; poco á las bellas composiciones que había dejado. Después que Pezado, en Octubre de 1860, D. Bernardo Couto puso al frente de una nueva edición de las poesías de Carpio, una biografía en la que prueba mejor intención que dotes literarias; después nada se ha hecho, no obstante ser una de las más arrogantes figuras que México puede presentar en su historia literaria.

Hemos procurado presentarle como poeta religioso, y justo es ahora que le veamos como poeta profano, pues también como tal merece señaladísimo puesto, que con justicia pueden envidiarle muchos de los que se enorgullecen con el dictado de vates. Severo, por ser la severidad condición que propiamente le distingue, Carpio no ha hecho objeto de sus cantares á ninguna de esas beldades volubles y tornadizas que, reales ó fingidas, llevan al poeta á decir muchas cosas, bonitas, es cierto, pero ninguna buena; Carpio ha dejado en paz al niño alado y ciego que no sabe lo que se hace, y ha hecho objeto de sus preciadas rimas al amor viril, el amor que tiene ya discernimiento y que, sabe por lo tanto, lo que se hace y lo que se dice. En las composiciones eróticas

del poeta á quien estudiamos, no se advierte esa exuberancia de fuego y de sentimiento que tanto seduce y llama la atención á primera vista, no hay ese ardor convulsivo que es resultado de la fiebre en sus más álgidos periodos, cuando ya el enfermo está próximo á sucumbir; pero hay el calor que es necesario á la vida, ese temple moderado y conveniente que indica que se halla el cuerpo bueno y la mente tranquila, y que veda, y no disculpa ni autoriza tantas libertades como los poetas eróticos, propiamente hablando, se creen con derecho á usar. Para que nuestros lectores queden convencidos de que es cierto lo que decimos, sabemos que no basta el que nosotros lo digamos, y por esta razón, justo será apoyemos nuestro dicho en una prueba irrecusable.

Entre el buen número de composiciones de la clase á que nos referimos, tiene Carpio dos, las que titula *El Turco* y *Ausencia*, que sirven á maravilla á nuestro designio.

Es la primera un hermosísimo cuadro lleno de verdad y sentimiento; en solitaria playa, cuyas finísimas arenas humedecen constantemente las espumosas ondas, pasea un sér que, solo y alejado de la prenda querida de sus amores, lamenta su honda desventura. Las azules aguas del Bósforo, con su eterna agitación y continuo movimiento, disfrutan sin embargo más paz que el alma de aquel turco enamorado, con cuyos suspiros parece que es-